

de hasta nosotros para mejor sentir nuestras debilidades y miserias; que vela incesantemente por nuestro bien y no perdona sacrificio para dar consuelo á los que sufren, fortaleza á los que vacilan, luz y acierto á los que se extravían.

Tales son, Illmo. Señor, los sentimientos de vuestros hijos en este día, para siempre memorable en la historia de vuestro Pontificado. Veinticinco años de perfecta consagración á nuestro servicio, obligan nuestra gratitud con tan inmensa deuda, que en vano quisiéramos pagarla en justicia, puesto que ni siquiera alcanzamos á conocer su extensión. Sólo Dios sabe en estos momentos lo que os debemos; sólo Él podrá pagarnos en justicia. Mejor que nosotros, lo sabeis vos, Illmo Señor, y este es sin duda el mayor consuelo de vuestro corazón; á Jesucristo habeis servido en su Iglesia y en la persona de los pobres, de los huérfanos y de los afligidos; nada importa la indignidad, la ingratitude ó la insolencia de aquellos cuyos pies ungiesteis con el óleo de la caridad, Jesucristo es el deudor y él dará á su tiempo la paga merecida: *Euge, serve bone et fidelis...* Mientras tenéis la dicha de escuchar de los divinos labios de Cristo estas palabras de soberano aplauso, reservadas para los fieles servidores, permitid que nosotros, de lo más íntimo del alma, elevemos á Dios nuestros votos para que prolongue vuestros días con aumento de merecimientos para vos, y mayor bien de esta Iglesia de Michoacán, hábitada de largo tiempo ya, á recibir de vuestra manola abundancia de los dones celestiales.



SONETOS

Del Sr. Pbro. D. Félix. M. Martínez.

I

HONOROS ecos que en el eter frío,
S Con blando ritmo y armonioso acento,
De los orbes al plácido concento
Pregonáis el eterno poderío:

Que si al seno bajáis del mar bravío,
Sois un terrible, atronador lamento,
O el ledo y grácil susurrar del viento
Si las frondas besáis del bosque umbrío:

Haced que el labio vuestra voz posea,
Y calle el frívolo ulular siniestro
Hoy que la lumbre del amor flamea!

A mi auxilio acorred; templad el estro
Con insólito ardor; y el canto sea
Siquier lejana vibración del vuestro!

II

Tú, que bajando á la sangrienta Cumbre
Ven erabas de Cristo la amargura,
Velando con opaca vestidura
Del rojo sol la mortecina lumbre:

Tú, que á trueque de blanda servidumbre
Todo yugo quebrantas y atadura,
Y sobre el mundo extiendes niebla oscura
Para que el sol del infinito alumbre:

¡Ángel del sacrificio! Al labio envía
Tu acento arrobador; presto descende
Como fuego divino al alma mía!

Dame la luz que tu mirar enciende
Y que del justo los senderos guía
Cuando al calvario de la vida asciende!

III

Surgió del hondo lago adormecido,
Entre blondas de niebla purpurina,
Como niveo fulgor, pálida ondina
Que así entonaba su cantar sentido:

"No al aire entregues lúgubre gemido
"Ni el llanto anuble tu color divina:
"¿No ves, Patria, que el eter se ilumina
"Con fuego de otros mundos descendido?

"Ciñe el airoso tul; la mustia frente
"Levanta, y en la pródiga ladera
"Un terruño verás cabe el torrente:

"El que gozando allí la luz primera
"Regocija el hogar, niño inocente,
"Será la gloria que tu afán espera!"

IV

Abandona la bóveda azulina
El angel del amor; y rauda avanza,
Desparciendo el fulgor de una esperanza
Que el porvenir incógnito ilumina:

"El tiempo llega, dijo, y la ruina
"Hasta el santuario del Señor alcanza;
"Mas no desmaye, Iglesia, tu confianza
"Que este niño á salvarte se destina:

"Cual nuevo Pablo, empuñará el cayado
"Teniendo todo como vana escoria,
"Para extender el reino del Amado;

"Alcanzará perínclita victoria,
"Humilde, como Ignacio, y denodado,
"Por Jesucristo sólo y por su gloria!"

V

Al labio azul de la gentil fontana
Que leda agita su raudal sonoro,
Derramó Flora juvenil tesoro
Y nítidos fulgores la mañana;

Entre los juncos la avecilla ufana
Su clámide mostró de gualda y oro,
Hermanando el trinar con el canoro
Gemir del viento entre la mies cercana;

Mas rehusó el cefirillo la dulzura
De aquel ameno y perfumado ambiente
Y los favores de la linfa pura:

A tus plantas llegóse reverente,
Te ofreció sus aromas y frescura,
Y de besos cubrió tu limpia frente.

VI

La alegre juventud, la vida pura,
Le brindaban salud y lozanía;
Con risueño mirar le sonreía
En el patrio terruño la ventura;

Mas vió la luz que del saber fulgura,
Y de ella enamorado, en Dios se fía,
Deja el hogar, la fresca serranía,
Y á la lid de la ciencia se apresura.

Emporio del saber entonces era
Aqueste Seminario; y sus blazones
Celebraba la fama pregonera.

A las puertas llamó; y los corazones
Le entregaron con dicha verdadera
El ádito al mostrar, claros varones!

VII

Edificado sobre firme roca
Que no tiembla al furor del océano;
Llega á los cielos el saber cristiano
Y la verdad en su principio toca;

Pero la ciencia que el orgullo invoca
Para negar el insondable arcano,
Es fruto esteril del esfuerzo humano
O sueño informe de la mente loca:

Él lo sabe; por eso, cauteloso,
De la impiedad rehuye los eriales;
Sólo de la virtud es ambicioso;

Y al pisar de las aulas los umbrales,
De su haber se desprende y su reposo
Tan sólo por curar agenos males!

VIII

Destellan en su frente los fulgores
Del astro rey en el mediar del día;
Seguro de victoria desafia
Su corazón heroico los dolores:

No tienen, en verdad, timbres mejores
Los que la fama á su santuario guía;
Ni los que eleva admiración tardía
Al fragil pedestal de los honores;

Pero se oculta tímido y confiesa
Que sólo trocará el humilde estado
Si de Dios oye la palabra expresa:

Y habló Dios desde el místico collado
Do el Pontífice mora: y él ingresa
De esta Diócesi al ínclito Senado!

IX

Ruge la tempestad; sañudo noto
La furia acrece de la mar traidora;
Vacila y treme la sonante prora
Desgarrada la vela, el mastil roto.

¿Se estrellará contra el peñón ignoto
Conducida por Circe engañadora,
Mientras que solo y desterrado llora
Bajo el cielo de Itálica el Piloto?

Ah!...Fugad el temor; que en el supremo
Bregar, el faro de los cielos brilla
Y esforzado Varón abraza el remo:

Él sabrá sostener la fragil quilla,
Y atrás dejando peligroso extremo,
Llegar felice á la risueña orilla!

X

En la nocturna obscuridad medrosa,
Cuando el céfiro vaga entumecido,
Y las húmidas alas el olvido
Sobre la frente del poeta posa,

Yo vagué por la selva rumorosa
Para expresar con mi laud sentido,
Lo que sueña la tórtola en el nido
Lo que dicen las auras á la rosa:

Y no hallé, Padre, enamorado acento,
Ni susurro, ni flebil melodía,
Que moludasen el afán que siento:

Dejé por eso la enramada umbría,
Pero en rústica trova te presento
El humilde cantar del alma mía!



NARRACION.

POR EL SR. PBRO. D. FRANCISCO BANE GAS GALVÁN.

Allá donde sus rayos fecundantes
Lanza el oblicuo sol; donde el ambiente
Impregnado de fuego centellea;
Donde apacibles las torcaces gimen
Y el tigre ruje en la escarpada roca;
Donde nace el amor que da la vida
Y la pasión voraz dentro del alma:
Hay un valle tranquilo que circundan
Crespados bosques de copadas ceibas
Y picachos y rocas y montañas.
El torrente que tímido y bravío,
Va de la peña por abrupto flanco,
Arrastra allí refrigerantes ondas
Frescura derramando y lozanía.
Ni un ruido ni un rumor turban la calma
De aquel prado risueño y solitario:
No se escucha el balido de la oveja
Ni el mugir de la res, ni el sonoro

Del rabadán enamorado acento.
Todo es silencio y soledad! Oculta
Una cabaña entre el ramaje obscuro
Descubre apenas su pajizo techo.

Allí feliz con su familia vive
De la cercana sierra el guardamonte;
Es su mujer apuesta y hacendosa
Y un hijuelo le ha dado en quien se mira
Muy satisfecho el venturoso padre;
Completan la familia una doncella
Hermana de la esposa, y un anciano
Que es padre de las dos.

Siempre viviendo

Feliz en la lejana serranía,
Pasó su juventud tranquila y breve
Buscando á Dios desde la edad temprana.
Y Dios le apareció. Y en la medrosa
Y clara luz de la silente luna,
En la lumbre del sol, en el sonoro
Susurrar de los vientos y en la leda
Canción del pajarillo á Dios veía.
Le contemplaba al germinar el grano;
En la lluvia fecunda, en el rocío.....
Era para él el Padre bondadoso
Que viste al lirio de su rica pompa
A las aves, de espléndido plumaje
Y de vellón al tierno corderillo.
Todo á sus ojos esperaba ansioso
Que Dios su mano abriera y derramara
De amor y vida lluvia bienhechora;
Nunca tembló su fé: cuando vinieron
Las negras horas que la vida lleva;
Cuando el dolor inexorable su alma
Vino á inundar en piélago infinito;
Cuando la muerte arrebató á su esposa,
Y solo y pobre y con sus tiernas hijas,
Miró en torno de sí sin que encontrara
Dulce consuelo á su terrible pena,
A Dios su padre los cansados ojos
Fervoroso volvió. Con valerosa
Y firme planta la terrible senda
Preparóse á seguir. ¡Oh quien podría

Sus lágrimas contar cuando sus miembros
Ató la enfermedad! De la amargura
Su alma agotó la rebosante copa,
Sin que dudara el labio vacilante,
Sin que el cobarde corazón temblara!
Al fin brilló la luz: Dios bondadoso
Prestóle apoyo en sus cansados días:
De nuevo amor la llama fulgurante
Brilló en su hogar; á su caliente lumbre,
El anciano encontró la deseada
Consoladora paz.

¡Cuán dulcemente

De entonces pasan sus tranquilas horas!
Ya no le enturbian del dolor las lides
Ni del ignoto porvenir las ansias;
Sus ojos brillan con el tibio rayo
Del sol que se sepulta en occidente;
En su sereno corazón se alberga
Del puro y limpio amor, el casto fuego,
Y en su rostro apacible se trasluce
El fulgor celestial de la esperanza!
¡Es el soldado que alcanzó victoria
Y del hogar el humo ya divisa!
¡Es el proscrito que la patria ausente
Alzarse vé tras la cercana bruma!

II.

Era en Septiembre, el venturoso día
En que la Madre de Jesús naciera:
El cielo limpio, el aire trasparente
Manso el sol, y la tierra revestida
De lirio azul y pudibundas violas
Con júbilo á su Reina celebraban.
Cabe del labio de azulado arroyo
Y bajo el manto de la enhiesta palma.
En la menuda yerba reclinados
Conversaban el niño y el abuelo.
¡Un niño y un anciano! Del oriente
La limpia nube y la purpurea lumbre
En la frente del niño se retratan;

Brilla la luz del moribundo día
Del anciano en la frente candorosa;
Mas cual tienen la aurora y el ocaso
Tintas iguales de ópalo y zafiros,
Así en la frente que á vivir empieza
Y en la que llega al término del viaje
Iguales resplandores se traslucen:
La eterna luz de cuyo seno acaba
El niño de salir aun lo ilumina;
La eterna luz á cuya linda toca
Ya la cabeza alumbra del anciano!
El viento trajo el reteñir sonoro
De las campanas de la humilde Iglesia;
—Alzando están á Dios, dijo el anciano,
Por nuestro Obispo la Hostia inmaculada,
Por él pidamos, hijo; y de rodillas
El anciano y el niño se pusieron—
—Al Obispo conoces, abuelito?
El niño preguntó cuando cesaron
De tocar las campanas

—Le conozco;

De sus ovejas el amor le trajo
A este retiro; el valle y la montaña
No detuvieron su ardoroso celo;
No se rindió al calor ni á la fatiga,
Y abrumado de pena y moribundo,
Le ví pasar las empinadas rocas
Para llegar aquí. ¡Mas cuántas veces
Fué su palacio el macilento techo
Del aduar de los pobres! ¡Cuántas otras
Ni pan halló, ni abrigo, y las torcaces
Fueron su mesa, y el ramaje umbrío
Del bosque fué su miserable tienda!
—¿Y qué hasta aquí llegó?

—Ya te lo dije.

Nunca me olvidaré de aqueese día!
Las campanas alegres volteando
Su llegada anunciaban; por las calles
De trébol y mastranto tapizadas
Y vestidas de hermosas colgaduras,
En medio de apiñada muchedumbre,
El Obispo avanzaba sonriente,

A todos derramando bendiciones.
¡Qué excelsa magestad en su semblante!
¡Qué noble y magestuosa su mirada!
—¿Y á qué tan lejos vino?

—¿Quién podría

Sus hijos olvidar? —¿Qué es nuestro padre?
—Sí, él es el padre que engendró nuestra alma
En el dolor inmenso con que gime
Rogando á Dios que pródigo derrame
De su gracia la vida... .. Tú no entiendes;
Pero es tu padre cuyo amor daría
Su propia vida en cambio de la tuya.
—¿Es el Obispo Dios, responde, abuelo?
—Dios? No, no es Dios; pero en su frente brilla
El fulgor celestial de lo divino.
Habla, y su voz en ritmo misterioso
El corazón derrite de dulzura.
—¿Qué tú le oíste hablar?

—Tuve esa dicha!

—Cuéntame como estuvo

—Era una tarde:

Copiosa multitud le rodeaba;
Pobres y ricos, hombres y mujeres
Hasta él llegaban; todos, sus pesares
Uno por uno le iban refiriendo.
Él escuchaba con atento oído
Los secretos dolores, las desdichas:
Miraba las heridas que en las almas
Abierto hubo el pecado, y bondadoso
Consuelos derramaba y bendiciones.
No bien me vió, cuando con suave mano
Me hizo llegar hasta él. ¡Cuán dulcemente.
Puso en mi cuello su amoroso brazo,
—¿Y tú quién eres, hijo, me decía
—Tengo en el bosque oculta mi vivienda
¡Oh padre! respondí

—¿Familia tienes?

—Dos doncellas el Señor me ha dado
Y nadie más. Para que siempre pasen
Sin ofensa de Dios la triste vida,
Al ciervo cazo, y ellas los despojos
Van á vender en el cercano pueblo,

Y así vivimos ¡oh Señor! felices.
—¿Cazas venados? preguntó el Obispo
Con gracioso ademán.

—Yo no podría
Humilde contesté, si Dios mi padre
No viniera en mi auxilio

—Pero, ¿cómo
Puedes correr tras la lijera pieza
Si hasta aquí te han traído y con trabajo
Te sostienes en pié?—¿Pero cazabas?
El nietezuelo preguntó espantado
—¿Mentirle yo al Obispo? ¡Dios me cuide!
El viejo contestó.—Mas ¿cómo, abuelo,
Si no puedes correr?—¿Cuánta ternura
Usó conmigo Dios! Él los venados
A la puerta ponía de mi choza
—¿Y qué no se iban?—No, porque quien puede
Los mares detener, los detenía!
—¿Y qué dijo el Obispo?—En mí sus ojos
Penetrantes clavó.—Mas, ¿dime anciano,
Me preguntó afanoso, ha mucho tiempo
Que á tu alcance la res viene á ponerse?
—En diez años, Señor, ni un solo día
Ha llegado á faltar, te lo aseguro.
—Y ¿qué haces tú para que Dios te mande
La presa que matar?—A Dios levanto
Humilde mi oración por la mañana.
Quedóse un rato serio y pensativo,
Y dijo con acento de ternura
—¿Has ofendido á Dios?..... Vamos no temas
Tu padre soy, tu padre que te quiere
Con un amor que el mundo no conoce,
Porque vino de Dios.—Llegó hasta mi alma
De este reclamo el conmovido acento
Brotó á mis ojos un raudal de llanto
Y no le respondí, ¡porque no pude!
Su voz se hizo más blanda,—Y qué te aqueja
A decirme volvió, dime tus culpas
Que si afrentosas son, hay en mi pecho
Un abismo de amor para curarlas.....!
—Un perro hambriento, al fin pude decirle,
Robóse un día la adobada carne,

Sentí en el pecho vengador enojo
Y al perro castigué con saña dura
Esta es mi culpa, ¡Oh Padre, perdonadla!
—¿Quién habrá como tú que contar pueda
Prodigio sin igual? ¡Nunca lo olvides!
El Obispo exclamó. Pues sobre tu alma
Dios derramó sus exquisitos dones,
Nunca te olvides de Él; ámale mucho,
Sollozando á mi oído, repetía,
Sigue confiando en Él: de tus dolores
Ofrécele sereno, el holocausto
Y espera sin temor.....! No son eternas
Del amargo penar las tristes horas!
La mano alzó después y me bendijo.
Lloraba yo de gozo.....

Oh si pudiera
Volverlo á ver! Si oyera su palabra....
Mas ya la muerte mis pesados días
Siento que acorta. Nunca más sus ojos
En mí se posarán. Nunca en su boca
Mi nombre escucharé!....

Calló el anciano
Al cielo alzó su rostro, y de sus ojos
Silenciosas las lágrimas cayeron.





00